

ción con el Instituto-Escuela. A ello unía una gran preocupación por no disociar ciencia, humanismo, lenguaje y, en suma, todo lo que contribuye a una formación integral del alumno. Se trataba de hacer buenos geógrafos pero sin olvidar los demás campos de la vida científica, social y cultural.

Muchos podrían ser mis recuerdos personales de sus enseñanzas. Desde aquellas breves excursiones a la iglesia de Melque, entonces convertida en un corral, al risco de las Cuevas en Perales de Tajuña, a la Pedriza o aquel, en tantos aspectos inolvidable, viaje fin de carrera a Suiza e Italia, plagado de anécdotas y de enseñanzas geográficas y humanas, hasta sus magistrales clases de licenciatura y doctorado. Pero no quiero alargarme demasiado.

Diré, por ello, para terminar, que don Manuel ha sido, por encima de todo, un maestro que enseñaba con ilusión y que contagiaba esa ilusión, que se entregaba a sus alumnos, que confiaba en sus discípulos, respetando la personalidad de cada uno de ellos. Don Manuel ha sido un gran humanista, un maestro ejemplar en tantos y tantos aspectos, del que nos enorgullecemos todos cuantos le conocimos y escuchamos sus enseñanzas, sus discípulos todos, y la Universidad que hoy le rinde este Homenaje.

Aurora GARCÍA BALLESTEROS

HOMENAJE A DON MANUEL DE TERÁN

Afortunadamente pude recibir, aunque muy ajustadamente, el «*Homenaje a don Manuel de Terán. La Geografía española y mundial en los años ochenta*», que, junto con otro tomo sustancioso, constituye el merecido tributo que la Geografía española, aquí y ahora, rinde al gran maestro de nuestra disciplina. Pero la apresurada lectura de la decena de trabajos que se incluyen en el citado Homenaje sobre la vida y obra de don Manuel, constituyen tan enjundioso material que temo el tiempo disponible no me haya permitido una deglución intelectual pausada y asimiladora y que, por lo tanto, sólo torpemente transmita a ustedes la glosa adecuada de sus ideas. Pero lo intentaré para que desde mi condición de presidente de la AGE quede patente la admiración, respeto y aprecio que los geógrafos españoles profesamos a la singladura vital e intelectual de don Manuel de Terán, maestro de geógrafos.

Por otra parte, en la obligada, aunque siempre delicada asignación de papeles que se acostumbra a hacer en estos casos, me ha correspondido a mí decirles algo —eso sí, muy brevemente, se me sugirió— sobre la geografía de España que practicó y nos transmitió don Manuel de Terán. Y a cometer voy tan modesta empresa —no por la enjundia de lo escrito por Terán, sino por mi desmaño y premura de tiempo—, consciente, además, de que no tuve la suerte de ser discípulo directo suyo, como se acostumbra a decir en estos

casos. Pero sí me desenvolví siempre y me honro en contar con la amistad de quienes bebieron directa y asiduamente —que esos son discípulos, al menos, en el significado restringido primero que le confiere el Diccionario de la Academia— en las aguas de su sabiduría humana y saber geográfico: Cabo, Antonio y Julia López Gómez, García Fernández, Quirós, Martínez de Pisón, Gómez Mendoza, Zulueta, Valenzuela, Aurora García, Nicolás Ortega, Julio Muñoz, Troitiño y tantos otros. Dos de estos discípulos además, García Fernández y Cabo, me han precedido como presidentes de la AGE, que tanto debe a su inicial impulso y consolidación. Por tanto, todos ellos me transmitieron y me impregnaron de una visión de la Geografía plenamente teraniana y me desentrañaron los resortes, con frecuencia sorprendentes, en los que residía la personalidad de Terán, liberal y respetuosa, pero sugerente y atractiva, rigurosa y exigente, pero también confortadora y cordial.

Por otra parte, desde casi su inicio, don Manuel de Terán en 1977 fue nombrado, por unanimidad, miembro honorario de la AGE, razón de más para que a través de mi modesta persona, ella hoy le rinda homenaje de agradecimiento y admiración, que estoy seguro comparten todos los geógrafos españoles.

Tras este exordio, no ritual, sino profundamente sentido, es fácil constatar que desde el fallecimiento del profesor Terán en Madrid el 7 de mayo de 1984, su figura no hace sino agigantarse y ha contabilizado unos 40 trabajos, semblanzas de su vida y obra, biografías y análisis de su pensamiento que prueban lo que digo. ¿Por qué esta perennidad y reconocimiento de su pensamiento, magisterio y obra? Intentemos contestar a este interrogante al menos por lo que refiere a su obra sobre Geografía de España.

En mi opinión, porque al rigor intelectual y a la obra bien hecha supeditó cualquier otra consideración, porque en temática y visión comprendió la geografía de España con gran amplitud de miras, porque dio solidez epistemológica a sus estudios españoles generales, regionales, comarcales o locales, y porque, por último, supo asentar sus estudios en los firmes fundamentos de lo imperecedero y otear perspicazmente en el porvenir, lo que lo convirtió en pionero. De aquí que su obra no la haya consumido ya el transcurso del tiempo, aún escaso desde su muerte pero largo para algunos de sus escritos, y que, probablemente, tampoco la apolille un más largo caminar de Cronos, pues cuando éste quiere arrebatarla las musas de la sabiduría convertirán al autor en clásico. Pero reflexionemos sobre estas aserciones.

Se ha escrito mucho y ya casi es tópico, sobre el talante liberal, comprensivo y respetuoso de Terán, y todo ello es verdad, pero no conviene olvidar el complemento que también lo es: «Sin embargo, Terán no ha sido tolerante con todo —escribe Quirós—. Por ejemplo, no lo ha sido con la desvergüenza, personal o institucional, ni con el cerrilismo, ni con la arbitrariedad o la prepotencia operadas desde el poder, grande o pequeño.» Y por ello también «su actitud ante la ciencia y la investigación —dicen Bullón

Mata y Troitiño—, lejos de ser tolerante estaba basada en el rigor, en la entrega entusiasta, encauzada a través de un trabajo metódico, disciplinario y austero, alejado de contingencias inmediatas y oportunismos». De aquí que el resultado sea la perennidad de la obra bien hecha, quizá alguna imperecedera.

Pero a su vez, geográficamente comprendió a España con gran amplitud de miras, en su totalidad, sin los exclusivismos localistas y cantonalismos a que nos está abocando el mal entendido autonomismo actual, peligrosa óptica para todas las ramas del saber, pero especialmente infausta para una disciplina como la nuestra que en sus entrañas puede anidar fácilmente el particularismo huero y sin horizontes. Y en este sentido es muy difícil —si no imposible— indicar una región de España que no haya merecido de Terán, una investigación directa o una síntesis de tratado o manual o una humilde nota o recensión. Pero su perspectiva global española le lleva también a las reflexiones más granadas de su obra sobre el conjunto del territorio de España o de la Península Ibérica, como ocurre en el tratado de Geografía de España y Portugal de Montaner y Simón y en los manuales de Geografía de España de Ariel. Al primero de ellos pertenecen esas páginas antológicas sobre la «genialidad geográfica de la Península Ibérica», de las que al decir de Orlando Ribeiro «el mayor elogio que puede hacerse es que ellas recuerdan, como el tema de una melodía reescrito con variaciones originales, las primeras del *Tableau de la Géographie de la France*, obra cumbre de toda la ciencia geográfica». Y por ello, como en el homenaje a los poetas, se acostumbra a recitar sus versos, permítanme que yo dé lectura a algunos párrafos de este bello texto:

«Una piel de toro extendida: una de las tres penínsulas meridionales de Europa; un bloque peninsular de contorno cerrado y maciza apariencia; un conjunto de altas tierras en las que mesetas y montañas dominan y señorean algunas tierras bajas de llanura: soldado a Europa, pero remachada la soldadura por una barrera montañosa en cuya crestería hay blancor de nieve; una península en el extremo sudoeste de Europa, entre el Atlántico y el Mediterráneo, finisterre europeo y puente tendido hacia el continente africano en el que sólo ha fallado la dovela de un arco. He aquí algunos de los rasgos elementales que integran nuestra representación geográfica de la Península. Añadamos aun la diversidad y el contraste. Un continente en miniatura se ha repetido también» («Saludo y alabanza a Manuel de Terán». *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 3, 1981, 21).

«A lo largo de nuestra historia dos tendencias diferentes se oponen y combaten: unas veces es la tendencia unitaria, que trata de reunir el conjunto de piezas que componen el cuerpo peninsular en un solo cuerpo nacional; otras la tendencia disgregatoria, que aspira a convertir las unidades físicas regionales en organismos políticos diferenciados. Ambas tendencias tienen una posible fundamentación geográfica. A la larga es la tendencia unitaria la que en forma parcial se ha impuesto» (*Ibid.*, 22).

Por tanto, una visión tan generosa y sugestiva de España como la presen-

tada por Terán, no puede ahogar su eco tan pronto, subsistirá como la nación misma.

Pero además, Terán supo dar a sus estudios generales, regionales, comarcales y locales de España, que prodigó como regionalista vidaliano, una gran solidez epistemológica, que los preservaba del empirismo vacuo. Y al hilo de muchos de ellos —por supuesto, apoyados también en reflexiones más estrictamente teóricas— puede tejerse el rico pensamiento geográfico de Manuel de Terán. Por razones de tiempo, yo no puedo devanarles a ustedes este precioso ovillo que, por lo demás, ya encontrarán devanado en varios de los trabajos que componen la obra que sirve de homenaje a Terán y que aquí presentamos. Me refiero a la sentida, sobria y objetiva bibliografía de López Gómez, a la visión de conjunto de su pensamiento de J. Gómez, a su perspectiva y compromiso sobre la «Geografía de la Naturaleza» de Martínez de Pisón, al análisis de su pensamiento sobre población, Geografía Agraria y Geografía Urbana, respectivamente, de Barceló, Cabo y Valenzuela. Pero, insisto, la trabazón teórico-regional de Terán convierte a muchos de sus estudios particulares en ejemplos paradigmáticos que trascienden su singularidad, lo que sin duda también los defiende de la erosión cronológica.

Y, por último, la obra de Terán que respondía al dictado de un espíritu inquieto subsistirá también porque se asienta, por una parte, en los sólidos fundamentos de lo imperecedero, y por otra, porque supo otear en el horizonte del porvenir lo que entonces sólo se avizoraba y que, sin embargo, hoy ya es realidad. Y como toda su obra, tanto la más teórica como la estrictamente regional está impregnada de estas prerrogativas, de aquí una razón de más para sus supervivencia. Merecen glosarse uno y otro de los extremos consignados.

En el primer aspecto —impregnación de toda la obra de Terán de valores imperecederos—, sólo aludir a algunos de los elogios merecidos que en este tema se repiten en la bibliografía que sobre él ya se ha generado: su humanismo convincente y estimulador, su amplia cultura que propiciaba la ampliación de horizontes de nuestra disciplina y el diálogo fecundo con las disciplinas afines, su lenguaje preciso y elegancia de estilo, equilibrado y fácil, con dosificación adecuada del decir popular y científico, su fructífera utilización de la Historia para comprender las improntas espaciales que aquella decantó, en fin su aproximación global al espacio, con el intelecto, por supuesto, pero también con la imaginación, con el afecto, simpatéticamente.

Y Terán, como decimos, ética y científicamente avizoró temas hoy de gran actualidad y que, sin embargo, no lo eran cuando él los preconizó y desempolvó, por ejemplo y entre otros: esa responsabilidad ética ante la naturaleza, tan cacareada hoy, y que está destilando frutos tan sabrosos como el de la obra de Jürgen Moltmann «Dios en la creación. Doctrina ecológica de la creación» (que por cierto revaloriza el escrito de Scheler «La posición del

hombre en el cosmos» que ampliamente utilizó Terán en «Una ética de conservación y protección de la naturaleza»); o la responsabilidad del geógrafo ante los procesos urbanos; o su preocupación sin magnificación inoportuna de los centros históricos urbanos, o la revalorización de la «calle», «barrio» y «espacios públicos» de la ciudad como instrumentos de análisis urbano; o la preocupación por esas «geografías ocultas», que en opinión de Gómez Mendoza «testimonian su capacidad de innovación y renovación y que, en su momento, para algunos de nosotros, fueron bosques, que árboles de nuestra propia vida no nos dejaban ver»; como sus glosas de libros de viajes y de descubrimientos, aventuras y periplos, su estudio de los jardines, etcétera. En suma, la expresión todo ello de una gran cultura pero también el espíritu previsor de todo un pionero.

Me parece acertada, pues, la sugerencia respetuosa y matizada que Solé hace en un artículo que ustedes también encontrarán en la obra que presentamos: «casi puede decirse —afirma— que la geografía moderna empieza en España con Terán y sin duda en Cataluña con Pau Vila. Aun cuando los estudios de Terán y de su escuela caen sobre un mullido geográfico anterior y van precedidos de una tradición accidentalmente algo sazónada (Dantín, Carandell, Hernández Pacheco, Melón, Eloy Bullón, Chico, etc.), en realidad se carecía de todo pasado universitario».

Razones todas ellas para que la Asociación de Geógrafos Españoles se sume en este homenaje al gran maestro de la Geografía española, agradeciendo mucho a la Universidad Complutense que lo haya materializado en dos excelentes publicaciones, pues ellas testimoniarán a la posteridad la hondura del pensamiento geográfico de don Manuel de Terán, así como los sazonados frutos que muchos de sus discípulos ya están cosechando, convirtiéndolos a su vez en maestros. Don Manuel de Terán, pues, maestro de maestros en la Geografía española. Muchas gracias.

Antonio LÓPEZ ONTIVEROS

RELACIONES DE MANUEL DE TERÁN CON LAS GEOGRAFÍAS Y LOS GEÓGRAFOS EXTRANJEROS

Henos aquí reunidos —como colegas, estudiantes, quizá discípulos, en todo caso amigos y fervientes admiradores— en recuerdo y homenaje a Manuel de Terán. Después de las palabras que acabo de oír y de las motivaciones y sentimientos expuestos, he de confesarles que intervengo con un cierto temor. Pero ello no mengua, ciertamente, mis deseos de colaborar en el presente acto.